

Juan Olivares. Parar para vivir.

Existe un libro titulado 175 maneras de hacer más cosas en menos tiempo. Escrito en una prosa jadeante, acelerada, es un manual para maximizar la eficiencia, para ir más rápido. El consejo número 144 es sencillamente: “¡Hágalo todo más rápido!”. Pero, ¿tiene realmente sentido leer a Proust aplicando las técnicas de lectura rápida, hacer el amor en la mitad de tiempo o cocinar todas las comidas en el microondas?<sup>1</sup> El hecho de que alguien haya podido escribir las palabras “hágalo todo más rápido” subraya hasta qué punto hemos descarrilado y con qué urgencia debemos replantearnos nuestro estilo de vida.

En la actualidad, ninguna publicidad significativa emplea su tiempo en detallar particularidades de la mercancía: esto es demasiado viejo, literario y aburrido. Todas las mercancías son buenas y valiosas por definición: lo importante es la idea original que aporta la marca<sup>2</sup>, de la misma manera que en los últimos siglos se ha premiado la idea original que concebía un artista. Ningún eslogan contemporáneo llama a comprar esto o lo otro, las gentes están hartas de gastar. En nuestra sociedad el objeto se revela como un don, sin precio, tan incalculable e impagable como las buenas ideas o los valores. “Esto no es un automóvil –dice Volvo-. Es una ideología”. Las compras se presentan menos como un desembolso que como un input espiritual. Lo que importa no es la cosa sino su alma. Si en el capitalismo de producción lo importante fueron las mercancías y en el capitalismo de consumo lo esencial fue lo que una voz dijera de ellas, en el sistema actual es el artículo quien habla. Haciendo un paralelismo arriesgado, podríamos decir que algo parecido sucede con el arte contemporáneo, con su voluntad de seducción sobre el espectador mediante un mensaje no explícito.

Vivimos un tiempo con unas dinámicas de funcionamiento que apuntan a una continua indiferencia a los principios éticos y cívicos. Cuando se plantean actuaciones bajo parámetros de compromiso social, el interlocutor suele interpretar un determinado posicionamiento ideológico, que puede despertar adhesión o rechazo, dependiendo de la postura individual de pensamiento con

la que se sienta más afín. En el sentido inverso ocurre lo mismo cuando se habla de caridad. También sucede, cada vez más, que las personas permanecen lejanas a las corrientes ideológicas entendidas del modo tradicional. Todo está en constante transformación, no necesariamente para peor, pero los cambios, en sí mismos, no son garantía de mejora.

Quizás haya llegado el momento de repensar los términos en los que interpretamos la corresponsabilidad individual, colectiva, institucional y corporativa con la sociedad, con el lugar y en el momento que nos corresponde. Todos vemos con espanto, con incredulidad, los episodios que narra la Historia de la humanidad contra sí misma, y nos preguntamos cómo sus coetáneos no reaccionaron a tiempo. Ese mismo examen habremos de pasarlo nosotros, nuestra civilización, y serán otros quienes se pregunten el por qué de nuestro silencio, de nuestra asepsia, de nuestra existencia narcotizada por el consumo. También es cierto que, a contracorriente, son muchas las personas y las entidades que dedican esfuerzo y recursos a crear oportunidades, a modificar la escena vital de otros, a hacer posible aquello a lo que los estándares establecidos han otorgado el extraño honor de “lo imposible”. Todos hemos oído decir que los extremos se tocan. Y es cierto. La actitud con la que cada individuo afronta su día a día puede hacer que su vida roce lo extraordinario o se convierta en una dura condena. Pero, claro, no todos los individuos inician su trayecto posicionados en la misma casilla de salida en este gran tablero de juego. Esas desigualdades, en ocasiones, son consecuencias directas e indirectas de decisiones geopolíticas de orden supranacional, que requieren una intervención a gran escala pero, en otros casos, la paliación de las mismas sólo requiere de una estrategia imaginativa por parte de agentes sociales activos.

La sociedad, en cierta medida, ha olvidado el potencial de transformación que representa la educación y la cultura. Desde el momento en que las creaciones artísticas de cualquier índole son valoradas y apreciadas prioritariamente por su valor de mercado, o por los recursos económicos invertidos en la producción de las mismas, desde ese momento, decae el valor que en realidad les da justificación y función social. Los efectos positivos sobre el individuo, a través

de la música, la literatura, el cine, el teatro o el arte, son ya indiscutibles y forman parte de terapias médicas que han demostrado su eficacia. La iniciativa llevada a cabo por DKV, mediante la designación de espacios para la intervención artística en el Hospital de Denia, pone de manifiesto la adopción de una postura valiente que reafirma la creencia en la función proactiva del arte cuando entra en contacto con el individuo, especialmente en un espacio arquitectónico pensado para aminorar la inevitable carga de incertidumbre que provoca la visita a un hospital. En ese contexto, contar con la aportación de Juan Olivares es un acierto.

El artista ha elaborado un proyecto específico que, además de otros trabajos, profundiza en la función regeneradora del arte. *Píldoras visuales* (2010) es un políptico, formado por pinturas de pequeño formato, con las que quiere colaborar en la función de devolver salud a quienes han enfermado y reforzar el ánimo de aquellos que trabajan o visitan este hospital. Es tanto lo que en realidad desconocemos de la mente, de sus posibilidades y capacidades desaprovechadas, que Olivares nos recuerda el efecto placebo que cumplen muchas píldoras en el tratamiento de algunos enfermos. Su administración genera en el paciente una sugestión que le provoca una mejora real en su estado. ¿Por qué no habría el arte de ser capaz de incrementar el bienestar de quien lo observa? Los estímulos externos que recibimos tiene consecuencias sobre nuestro estado emocional. Por eso oportunidades como esta, en la que el arte sale al encuentro de la realidad y abandona conscientemente los muros legitimadores del museo o los parámetros exclusivistas de la galería, son un ejercicio que contribuye a rebajar los niveles de tensión del público con el arte contemporáneo, a normalizar una relación que debiera ser natural. Tanto –tan natural- como la manera en la que se abrazan materiales extraños entre sí, como la madera, el aluminio y la esponja de PVC, en las piezas de la serie *Sweet* (2010). No es nuevo el desarrollo escultórico por parte del artista que, en este caso y como también se aprecia en sus últimas pinturas, se ha liberado de condiciones hasta el punto de prescindir del alarde técnico para afirmarse con seguridad.

Es necesario, para valorar el trabajo de un artista, atender a las fuentes de las que se nutre y las influencias que lo enriquecen. Por otra parte, en nuestra época de cultura híbrida<sup>3</sup>, sería impensable defender la postura de la creación aislada del mundo: a salvo del hipertexto y, por que no, de la contaminación derivada de los acontecimientos sociales, mediáticos y creativos de cualquier ámbito de producción artística. Justo por eso –y esto es sólo un apunte– entraña un especial peligro las políticas de extrema mercantilización impulsadas por las entidades de gestión de derechos de propiedad intelectual, pues se corre el riesgo de dejar a los creadores sin bases culturales, sin recursos simbólicos para continuar procesando el desarrollo artístico de la especie.

El cine de Wong Kar-Wai<sup>4</sup> es una referencia importante en la obra de Juan Olivares, y no porque el artista traslade a los lienzos imágenes o escenas contenidas en la filmografía del cineasta, sino porque Olivares emplea en su modo de representación una fórmula equiparable al particular modo de narración que caracteriza las películas de Kar-Wai. En ambos casos el cuidado de la estética es considerable pero, fundamentalmente, el tiempo y el espacio reciben un tratamiento que difiere de los ritmos lineales de lo racional, sufren una alteración que revela la voluntad de constituir un estatus heterodoxo de los sucesos públicos y privados. En el trabajo de Juan Olivares se superponen capas, se solapan diálogos, se interrumpen narraciones con una normalidad como con la que en nuestra mente se suceden los pensamientos, nos asaltan las ideas o nos paralizan las dudas: *Summer Time* (2007), *Barricadas poéticas* (2008) o *Poema* (2010) pueden ser un claro ejemplo.

El trabajo de Juan Olivares viene a constatar que la realidad no es lineal, lo que vemos, como lo que sentimos, es el resultado de una superposición de planos, de capas que, como las emociones, componen una imagen, narran una historia, la nuestra, la de cada uno de nosotros. El tiempo deja de ser instantáneo, se para, retrocede y, a veces, avanza muy rápido. En nuestra memoria se fijan imágenes, fragmentos de escenas vividas, recuerdos dolorosos, momentos de plenitud. El tiempo, como mostró Hegel, es la alienación necesaria, el medio en el cual el sujeto se realiza perdiéndose a sí

mismo, alterándose para convertirse en la verdad de sí mismo. La alienación dominante<sup>5</sup> es justamente la contraria: la que padece el productor de un presente ajeno. En esta alineación espacial, la sociedad, que separa de raíz al sujeto de la actividad que le usurpa, le separa ante todo de su propio tiempo. Esta alienación social controlada es precisamente la que ha impedido y petrificado las posibilidades y los riesgos de la alienación viva en el tiempo.

En el minuto cincuenta y dos de *My Blueberry Nights* –una de las últimas películas de Wong Kar-Wai- un personaje dice : “Cuando mueres, todo cuanto queda son los recuerdos que creaste en la vida de los demás”.

Siendo así, demos por bueno el esfuerzo de vivir.

José Luis Pérez Pont

---

<sup>1</sup> Honoré, Carl. *Elogio de la lentitud*. RBA, Barcelona, 2008.

<sup>2</sup> Verdú, Vicente. *Tu y yo, objetos de lujo. El personismo: la primera revolución cultural del siglo XXI*. Mondadori, Barcelona, 2005.

<sup>3</sup> García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Paidós, Barcelona, 2001.

<sup>4</sup> Gómez Tarín, Francisco Javier. *Wong Kar-Wai. Grietas en el espacio-tiempo*. Akal, Madrid, 2008.

<sup>5</sup> Debord, Guy. *La sociedad del espectáculo*. Pre-textos, Valencia, 1999.